



CARTA XXIII

ANTONIO A MELCHOR

S. Lázaro, 1 de Octubre de 1824.

Querido amigo: los misterios del corazón forman un mundo tan vasto é incomprendible como toda la creación junta. Yo no puedo explicar ni encarecer la multitud y variedad de afectos y sentimientos que en el mio se han formado con un rápido y progresivo aumento. ¿Cómo he merecido del cielo tanta fortaleza para resistir los reiterados y dolorosos embates á que me veo expuesto? ¿Cómo vivo, ¡ay de mí! y cómo respiro? Sin embargo, ya no puede subsistir esto por más tiempo: conozco que se agotan mis fuerzas; comienza á apoderarse de mi espíritu un des-

aliento que me agobia y martiriza lentamente. Encuétrome en un completo estado de marasmo moral.

Cierto que hay aquí dos hombres, cuya filantropía jamás por jamás acertaré á carecer debidamente. El Dr. Frutos y el capellán. El primero ha detenido mi dolencia en medio de su marcha violenta y alarmante, dispensándome, además, consejos sabios y saludables. El otro es un ángel de paz, de bondad y de caridad. Consagrado asiduamente á tranquilizarme, ha derramado en mi seno torrentes de suavísimo consuelo; y si no he perdido totalmente el juicio, ó lanzádome á cometer algún feo atentado, cuyo solo pensamiento me horroriza en estos momentos de calma, débolo á ese buen sacerdote, que parece no haber hecho en su vida otro estudio que el de las miserias de la humanidad doliente para aliviarlas.

Te repito, querido mío, que esto es muy cierto; pero entro de vez en cuando aquí en mi corazón, en este abismo insondable de amargura y de dolor, y siento que vacilo, que me pierdo y que me hallo á punto de sumergirme. ¿A qué pruebas más duras y aterradoras ha podido someterse nunca una criatura frágil y perecedera? pregunto á mi destino. ¡Triste de mí! pregunto á la Providencia cuál es, en fin, el término de tantas desventuras; y un silencio sombrío, un tenebroso pensamiento que me obscure-

ce y confunde el porvenir, son la única respuesta. ¡Dios mío! Sólo mi confianza en tu beldad y misericordia; sólo una fe viva y ardiente pueden salvarme de este infierno que llevo dentro de mí mismo.

Discúlpame, amigo mío, discúlpame te ruego, en nombre de ese mismo Dios en quien creo y en quien espero. Conozco que sus decretos han de cumplirse sin variar en un ápice: sé que los arcanos de su providencia infinita no están sujetos al raciocinio; pero permíteme llorar... déjame desahogar en los brazos de la amistad tan siquiera un átomo de mi acerbo é inmenso dolor.

Gozaba tranquilo de una paz envidiable: mi existencia, rodeada de placenteras ilusiones, se deslizaba sobre un terreno blando y sembrado de flores. Mis padres, mis amigos, mis libros... he aquí cuanto formaba todo mi encanto. Jamás el funesto soplo de las pasiones había agitado mi espíritu. Una juventud brillante me rodeaba: yo era la esperanza de mi familia, y tal vez... de mi patria adorada. ¿Qué es entonces lo que me ha perdido? ¿Fué acaso una larga cadena de desórdenes, algún arrebató violento, ó alguna gran revolución en mis principios de conducta social? ¡Ah, no! Fué un extravío insignificante al parecer: una mala compañía la que me lanzó en este piélago de desgracias, del cual no hay esperanza de salir. Mientras

más reflexiono en estos sucesos, más y más me confundo. Un joven bien nacido, educado con esmero y atención, se ha visto súbitamente convertido en héroe de un odioso drama, en que representan su papel piratas, aventureros, bandidos y meretrices, hallándose condenado á esperar la catástrofe final en un destierro, lejos de lo que más ama, abandonado y proscrito de la sociedad, y llevando en sus entrañas en toda la masa de sus humores, un veneno activo, una ponzoña destructora que va corroyendo los resortes de su vida, en medio de las más extrañas y dolorosas agitaciones. ¿Cuál es entonces, el suplicio reservado por tí ¡oh cielo santo! para los condenados?

Así, pues, me hallo en una cruel agonía, en esa agonía del espíritu que se presenta rodeada del más funesto aparato. Primero vienen los recuerdos tiernos confundidos con los remordimientos; después... las esperanzas perdidas... las ilusiones disipadas... y por último, esta imponente realidad de S. Lázaro, la cual me parece imposible afrontar ni en muchos años. A fuerza de repetirme constantemente estas ideas, quisiera habituarme á ellas para que perdiesen su aterradora novedad. ¡Vanos esfuerzos!

Y si á vuelta de todo, la nefanda historia de mi vida hubiese terminado allí, en el momento mismo en que pisando estos

umbrales de la muerte, parecía levantarse un muro eterno é indestructible entre la sociedad y el leproso infeliz al cual había proscrito... ¡Oh! Entonces tal vez engolfado en los recuerdos, sin proyectos ni vanas esperanzas... me habría replegado dentro de mí mismo, y escrito sobre las puertas de mi destino en la tierra aquel frío y duro "Lasciate ogni speranza" que el Dante hace leer al que una vez entra en las ardientes é imperecederas habitaciones de Satanás, príncipe de las tinieblas. Encerrado en S. Lázaro, recibiendo los consuelos de la religión santa, se habrían pasado mis horas tristes y sombrías, sin que un nuevo incidente ni un nuevo sobresalto turbasen los postreros momentos del leproso. De mi lecho á la tumba, de la vida á la muerte, tan sólo habría mediado un paso... y este paso... yo... lo hubiera dado con valor y resignación. Pero ya lo ves, querido mío: apenas hube entrado en el hospital, cuando una larga serie de sucesos imprevistos ha venido á turbar la paz de mi espíritu, á despertar con toda su viveza mis ideas medio dormidas, y á encender mis deseos y alimentar mis esperanzas de vivir. Considérame, pues, y juzga si mis sufrimientos morales pueden explicarse. Yo siento aquí, en lo más hondo de mi cerebro, un volcán que me abrasa y trastorna todas mis potencias. Si estoy despierto, mis pensamientos se arremoli-

nan, se confunden y quedo postrado á impulsos de su acción vehemente é inextinguible. Si duermo, mi sueño es una pesadilla dolorosa, larga y fatigante. Si el sol derramando torrentes de luz se presenta sobre los horizontes, esa misma luz, la vida y la animación que á su influjo se ostentan, me sirven de martirio. Si viene la noche, los objetos todos se revisten de formas vagas y fantásticas, y por todas partes veo sombras que me amenazan, espectros que me llaman, y visiones fatídicas que me llenan de terror. ¡Dios mío! Mi cerebro, mi corazón y mi espíritu están enfermos. Yo no sé, es decir, yo no puedo explicarte todo lo que padezco.

Los hilos de esta funesta historia, vienen confundiéndose á reunirse en mí; yo soy por tanto la víctima escogida para el sacrificio. Manuel te comunicó ya todos los sucesos ocurridos hasta la víspera de su partida á Tabasco: ahora me ha llegado mi turno, y vas á ver si me falta razón para hallarme tan triste, y más que todo admirado, al ver por qué extraña é inesperada combinación se realizan las altas miras de la Providencia. Escúchame y sabrás que mi historia aún no ha terminado, antes bien, comienza á presentarse con un carácter más lúgubre y sombrío de lo que ha aparecido hasta hoy, después de las revelaciones del sepulturero y la misteriosa presencia en estos sitios de ese personaje

singular, conocido con el nombre del Dr. Moore. Reflexiona entonces si me sobran motivos de angustia, si el estado febril de mi cerebro y el extravagante trastorno de mis ideas, carecen de disculpa. Compadéceme, amigo mío, y ruega al cielo que envíe á este ser desgraciado esa dulce paz de que tanto necesita para morir tranquilo, olvidando el mundo y pensando en el porvenir; no su porvenir en la tierra, de la cual debiera estar desatado para siempre, sino el que está reservado en los tesoros infinitos de la bondad divina para las criaturas probadas en el crisol del infortunio... Cuando elevo á Dios mis plegarias, conozco y siento la verdad de estos versos de Racine:

.....Su amor quiere
Que más feliz descanso el hombre espere.
A otro tiempo remite
El Ser justo é inflexible,
Su bondad dulce y su rigor terrible.

La historia de nuestro amo Germán había causado en mi espíritu una impresión difícil de explicar. Sin conocer á punto fijo cuál podría ser la conexión de aquellos sucesos con los de mi vida, me asaltaban no obstante ciertos pensamientos crueles cuyo origen buscaba en la identidad de aquellos nombres funestos: "Juan Cruyés." Después de haberme despedido de

Capilla Alfonsina

nuestro amigo, encerréme muchas horas en mi aposento, oprimido bajo el peso de mi extraña situación. Rumiaba las últimas revelaciones del anciano, y á fuerza de conjeturas quería yo descorrer el velo misterioso que ocultaba á mi vista no sé qué cadena de crímenes y desgracias. Sentado en el hueco de una ventana había yo visto ocultarse el sol dentro de las aguas del mar, dejando en pos un crepúsculo ceniciento y melancólico como los recuerdos de mi pasada existencia. De repente un ruido lejano de músicas y sonidos armoniosos llegó á mis oídos. Observé entonces que las embarcaciones fondeadas en el puerto estaban empavesadas: que ninguna canoa pescadora cruzaba sobre aquella superficie tersa y tranquila: que en los contornos del hospital reinaba un silencio profundo; y que de allá lejos salía un rumor sordo como el que forman las voces reunidas de un numeroso pueblo. De pronto me pareció incomprendible todo aquello; pero después que reflexioné algunos instantes, recordé que espiraba el 14 de Septiembre, y que ese día era el gran día del pueblo campechano: "El día del Señor de S. Román."

Acometido de cierta especie de delirio, tomé mi capa y sombrero, y sin dar ningún aviso lancéme fuera del hospital resuelto á ir á la fiesta, mezclarme en la concurrencia y participar alguna vez de las

expansiones de la sociedad. Semejante paso podía muy bien comprometerme, pues con él violaba abiertamente los reglamentos de la casa, abusaba de la poca libertad que se me había concedido, y más que todo, me exponía á un lance humillante ó acaso peligroso. Pero yo estaba ciego, agitado de cierto vértigo inexplicable; y en aquel momento, si se me hubiese presentado la ocasión de fugarme y poner de por medio entre el hospital y yo, un mundo entero, sin vacilar, olvidándome de todo, habría dicho un eterno adiós á mi ominoso cautiverio, arrojándome á través de todos los obstáculos, á buscar en cualquiera parte una muerte menos cruel y odiosa que la que me espera en S. Lázaro.

Encaminéme de prisa al reducto de S. Fernando: desde aquel sitio percibí distintamente las señales del regocijo que animaba la fiesta. Detúveme hasta que hubo cerrado la noche: entonces proseguí mi excursión caminando sobre el arenal de la playa, sin que ningún ser humano se presentase á mi vista: el emporio del bullicio se había concentrado en la plaza y en las calles adyacentes. Al acercarme, sentí que las fuerzas me faltaban, que mis rodillas vacilaban, y que mi corazón latía con extraordinaria vehemencia. Iba yo á disfrutar de un espectáculo que me estaba prohibido, y á cometer el imperdonable cri-

men de exhalar mi aliento pestilente, el aliento de un leproso, en medio de una sociedad impía, que cuida más de arrojar de su seno á un pobre enfermo, que á un criminal cuya sola presencia es una amenaza constante contra la vida y seguridad de los individuos, y un escarnio á la moral pública. Avancé, pues, con mal seguro paso, y quedé como clavado en un ángulo del atrio de la pequeña ermita, sin atreverme á penetrar en el interior del santuario. Un gentío inmenso, que se sucedía por oleadas, cubría aquellos sitios: mil grupos de marineros entraban y salían: varios conciertos y juegos populares entretenían á la multitud, sin que en medio de la animación se observase uno solo de aquellos desórdenes que de ordinario turban las fiestas públicas.

Al fin, la reflexión vino á presentarme el justo temor de ser observado, reconocido como un leproso escapado de su encierro, y expuesto, por consiguiente, á todo linaje de humillaciones. Retiréme entonces á la orilla del mar, y sentado sobre algunos trozos de madera en bruto, destinada para obras de arquitectura naval, quedé abismado nuevamente en mi estado habitual de melancólica distracción, de la cual no era parte á arrancarme el espeso rumor que brotaba de la inmediata plaza. Ignoro el tiempo que habré permanecido en aquella posición: sólo recuerdo que

gradualmente fueron extinguiéndose las luces y disminuyéndose el bullicio, hasta que todo volvió á quedar sumergido en las tinieblas y en el silencio. Acostumbrado un tanto á la obscuridad, mi vista acertó á fijarse en un objeto que parecía encaminarse á la playa; presté toda mi atención, y creí notar el ligero y monótono ruido formado por el acompasado caer de los remos sobre el agua; y aquel choque de "plick" y "plock" de la proa de una lancha contra el mar. Un fuerte estremecimiento sacudió todos mis miembros. En aquel instante dió el reloj de la parroquia una hora: la una de la noche. Al punto comprendí toda la extensión del compromiso en que iba á verme, y quise huir; pero no fui dueño ya de hacerlo; la lancha había tocado la ribera, y no podía retirarme sin peligro inminente de caer en manos de los individuos que la tripulaban. Permanecí, pues, como incrustado dentro del maderaje, esperando el fin de la escena que iba á presentarse.

Cautelosamente y con el mayor silencio pusieron el pie en tierra cinco individuos, lanzando en torno una mirada indagadora para asegurarse de que no eran observados. Entonces se adelantó uno de ellos hasta pocos pasos del sitio en que me hallaba oculto, y me pareció que dirigía la palabra á alguien que yo

no había visto; la voz del que hacía de jefe dejóse escuchar.

—Hablas muy bajo para que pueda oírte un hombre acostumbrado á dormir en medio del ruido de las olas, y cuando el viento brama con todo su furor: tírale del brazo, y al punto le verás incorporarse.

Aquella voz penetró hasta la médula de mis huesos como un hierro candente: toda mi sangre se agolpó al corazón, y sentí morir de pavor. ¡Dios mío! Esa voz era la del infame y odioso Juan Cruyés.

En el instante apareció otro individuo, con el cual entabló el pirata el siguiente diálogo, mientras que los marineros fueron á colocarse en varias direcciones, sin duda para estar sobre aviso y prevenir alguna sorpresa.

—En la madrugada del 15 de Septiembre; he cumplido fielmente mi palabra, porque yo soy así... como Dios me ha hecho, y tal vez mejor; dijo Cruyés sentándose sobre un lanchón volcado á diez pasos del sitio en que me hallaba. El recién venido permaneció en pie dándome la espalda y contemplando de frente al pirata, en actitud de prestar atención á sus palabras. Yo hice por ocultarme del todo, desapareciendo hasta mi sombra, que se confundía con los trozos de madera negra, dentro de los cuales me había colocado. Juan Cruyés prosiguió:

—Conozco que en punto á expediciones bien calculadas, me ha tomado usted el barlovento. ¡Ya se ve, la experiencia enseña mucho!

—Según eso... estamos "in" camino "é" haciendo rumbo, dijo el interlocutor del pirata, con un acento estridente y que me pareció enteramente extranjero.

—¡Toma! Cuando le digo á usted que me ha tomado el barlovento, me parece que me explico con bastante claridad.

—Muchas gracias, mi guapo capitán. Veamos, veamos, qué es lo que usted ha hecho.

—Algo, y bueno. Lo primero, para desembarazarme de las mujeres femeninas, me fui á un punto de la costa, próximo á la barra de San Pedro, y haciendo uso de una de las muchas recomendaciones que usted me dió, dejélas allí al cuidado de aquel viejo camarada, que según me significó estaba ya jubilado en el oficio, después de muchas y muy brillantes campañas.

—¡Ya "tu" creo que han sido muchas y brillantes! "Tudavía" no sabe usted quién es el capitán Sagarra.

—¡Demasiado se le conoce, á diez millas de distancia! ¡Con el demonio del hombre, que sabe hasta dónde duermen las ballenas y los cachalotes!

—¿Y luego?

—Luego mariné, y seguí rumbo hacia el

"Alacrán." Llegué y hallélo todo en el mejor estado, y en los propios términos que usted me había indicado en sus sabias y bien calculadas instrucciones. Puse el bergantín en resguardo, desembarqué la gente y algunos víveres, y nos pusimos en asecho. Venida la noche, mandé encender la gran fogata que usted me previno encendiese como base fundamental de las operaciones. Estuvimos en expectativa y... nada, no hubo novedad. Pasáronse cuatro noches: á la quinta... ¡Prrrrt! Un fragatón inglés, cargado de contrabando, se metió entre los arrecifes; y creyendo buscar un punto de salvación, se dejó guiar de la candelada, y quedó perfectamente engarzado de popa á proa. Entonces fuimos á bordo y nos apoderamos de los despojos del gigante.

—Pero... ¿y la tripulación?

Por toda respuesta llevóse el pirata la punta del pulgar de la mano derecha á la extremidad de la barba, y le ví agitar los dedos de una manera horrible, en el momento en que el otro individuo, seguramente para comprender mejor aquel signo siniestro, dejaba caer sobre la fisonomía de Cruyés los reflejos del cigarro que fumaba.

—Muy bien; dijo entonces aquel ente maligno. Dios la haya perdonado, pues de otra suerte nada se habría hecho. Muy bien capitán, muy bien.

—Después que despachamos á aquella buena gente á donde no pudiera protestar de avería, hice abarrotar el bergantín de lo mejor y más preciso, puse en seguridad lo restante del cargamento, y he venido á cumplir con la cita que me dió usted para este sitio y para esta hora. El bergantín está fuera del puerto; y ahora conforme á la estipulado entre ambos, usted ha de disponer el mejor modo de echar la carga en tierra, sin peligro de ser robados por esos bandidos de la aduana que no dejan á un hombre honrado hacer un negocio de provecho. ¡Con qué gusto colocaría yo sobre el frontispicio de la tal aduana una estatua de Mercurio, que así es el Dios del comercio como de los ladrones!

—Cabalmente por eso he acudido tan puntual á la cita. demasiado sabía yo que tendríamos presa infalible, pues el medio que propuse al "señor Cónsul de Colombia," lo había yo empleado... una docena de veces por lo menos. Ahora ocurre una dificultad.

—Veámosla.

—El cargamento no puede desembarcarse en Campeche.

—¡Pst! Eso no importa; lo desembarcarémos en Lerma, Jaima, Champoton... En fin; en cualquiera parte.

—No, no: por estas inmediateciones me parece casi imposible. Nos hemos echado

un guarda-mayor que ha tomado el oficio tan á pechos, que es capaz de meterse hasta en la madriguera de una culebra y sacarnos la presa del buche.

—Mire usted, patrón: esa especie de la culebra, me sugiere una idea feliz y de éxito seguro. Yo sé que por estos sitios existe una cueva amplísima, cuyas dimensiones son... Vamos: no importan las dimensiones. En dos noches viene todo el negocio á tierra: queda oculto algunos días en la cueva; y para alejar á los curiosos, se hace difundir una voz sorda... un rumor enfático, misterioso, aterrador, horripilante... En fin; un rumor de esos que pasando de boca en boca van siempre en aumento, sufriendo nuevas, variadas é infinitas modificaciones, hasta el extremo de no reconocerlo el mismo que ha tenido interés y empeño en difundirlo.

—Ya, ya comprendo.

—Pues bien: se procura sembrar la creencia de que en aquella cueva habita una serpiente de tamaños colosales.... Una serpiente con alas de condor, se entiende, patas de cocodrilo, garras de tigre, cabeza de girafa, colmillos de elefante... En fin, una serpiente tan heterogénea, absurda é imposible, que sin dificultad pueda y deba creerse su existencia por la muchedumbre, "inclusive" el guarda-mayor y sus dependientes.

—¡Toma! Antes que á usted le ocurrió

á otro cofrade la propia idea; y en verdad que su resultado no le dió derecho de solicitar la patente de invención.

—¡Cómo! ¿Hubo quien se atreviese?..

—Ya lo creo: el guarda-mayor se armó de punta en blanco, como dicen que lo hizo en la isla de Rodas un tal Mr. Gozon, caballero templario, y se metió de buenas á primeras en la caverna á luchar cuerpo á cuerpo con la tarasca. En efecto: vencióla en singular batalla, y al día siguiente yacían los descomunales despojos de la gran bestia en los almacenes y depósitos de la aduana.

—¡Malditos sean todos los aduaneros! exclamó Cruvés despechado.

—Amén, añadió con mucha sangre fría y aplomo el narrador del combate del guarda-mayor con la serpiente de la cueva.

Pasados algunos momentos de silencio, el pirata anudó el diálogo interrumpido:

—Pero al cabo, es preciso alijar el bergantín, porque de no, lo que ha quedado oculto en los bajos del "Alacrán" corre peligro de no entrar en comercio, con grave detrimento de nuestro bolsillo. Con que así, veamos qué arbitrio ha hallado usted para salir del lance, supuesto que ya sabía usted mi próxima arribada y la dificultad del desembarque.

—Por lo que respecta á eso de arbitrios, ó como usted lo llama, me parece

que los hay de sobra y á discreción. De otra suerte ¿para qué diablos habría yo sido contrabandista por espacio de cuarenta y dos años?

—¡Cáspita! pues ya cuenta usted su regular fecha en el oficio; y pregunto.... ¿de qué escuela? pues me parece que conozco algunas en América.

—Oh! En tal caso, la mía sin duda ha de se.le familiar; es la de Juan Cruyés, sucesora inmediata de los últimos bucaneros.

Al punto incorporóse el pirata, puso las manos en los hombros del contrabandista, y murmuró ciertas palabras misteriosas é incomprensibles. El contrabandista, estremeciéndose ligeramente, besó tres veces el carrillo izquierdo de Cruyés. Aquella escena francmasónica tenía no sé qué carácter tan horriblemente extraño, que por algunos minutos el estupor me dejó en imposibilidad absoluta de comprender lo que pasaba. Cuando pude fijar de nuevo toda mi atención y recordar el libre uso de los sentidos, ambos interlocutores habían vuelto á su primera actitud, y continuaban platicando sobre el negocio que los había reunido.

—Bien: decía el pirata. Por mi parte no hay embarazo. Verdades que jamás he navegado en agua dulce con los buques de mi mando, ni mucho menos he entrado nunca por la barra de Tabasco. Pero su-

puesto que usted cree que allí, por las ventajas que ofrece el río, podremos hacer algo sin riesgo de ser sorprendidos, no hablemos más; el bergantín se hará á la vela para Tabasco. De camino daremos un vistazo á las pupilas.

—Es decir, á las "hermanas" del señor Cónsul de Colombia, añadió con socarrería el antiguo contrabandista.

—¡Eh! ¿Qué quiere usted? Yo no soy suficientemente viejo para poderlas llamar mis "hijas;" así es que representan mejor el papel de hermanas, ó alguna vez, según convenga, el de esposas ó cuñadas. ¡Pobrecillas! Su abnegación es absoluta, y no hacen sino lo que yo les mando.

—¿Son acaso hermanas entre sí?

—Sí tal; y la mayor de ellas, cuya pérdida ha sido para mí irreparable... Pero dejemos esto, que seguramente no le interesa nada. ¿Cuándo hemos de partir? Si necesita usted de algún tiempo para alistarse, vendré esta noche á la hora que usted me indique.

—No hay necesidad: viviendo aquí solo, aislado y sin familia, á cualquiera hora estoy listo para viajar.

—En tal caso, podemos partir.

—Sí: cuanto antes. Procuremos echarnos pronto mar en fuera, porque no se pasarán seis horas sin que tengamos encima un norte deshecho.

—¿Lo cree usted?

—Sin duda. Esa nube que vemos allá abajo, y que parece un león agazapado y en asecho, es un signo terrible.

—Pues evitemos que nos sorprenda en tierra.

Entonces el pirata lanzó un silbido. Los cuatro marineros se aproximaron al momento. Un cuarto de hora después, el esquiife había desaparecido entre la espesa bruma del mar y la obscuridad de la noche. Volvió á sonar el reloj de la parroquia: las dos de la mañana.

Me hallaba todavía bajo el dominio de la funesta impresión que acababa de recibir con los pormenores de la infernal escena que había presenciado, cuando un nuevo incidente vino á colocarme otra vez en peligro de ser descubierto, y acaso aparecer con un carácter sospechoso. Por la callejuela próxima dejáronse ver dos bultos, que con el menor ruido posible de deslizaron á través de la multitud de fragmentos y piezas de madera que cubrían un buen trecho de la playa en donde trabajan los carpinteros y calafates del barrio. Fija la vista en el movimiento cauteloso de los dos enbozados, observaba todas sus acciones, mientras me palpitaba el corazón y se cubría mi frente de un sudor glacial. De pronto me figuré que los recién venidos serían cómplices ó socios de los contrabandistas que acababan de marcharse; pero luego hube de convencerme de que,

al contrario, traían la intención de sorprenderlos y apoderarse de sus personas. Después de algunos minutos de examen, en que el anteojo de noche pasaba alternativamente de las manos del uno á las del otro, se presentaron de golpe sobre la ribera, en el sitio mismo en que el contrabandista y el pirata habían tenido el diálogo anterior.

—Ya lo ve usted, tío Pepe; dijo uno de ellos al que parecía servirle de guía. Se ha equivocado usted redondamente.

—¡Oh! exclamó el otro. En cuanto á eso de haberme equivocado, yo te aseguro lo contrario. Se habrán marchado mientras yo iba á darte aviso para que vinieses á cumplir con tu deber; y hélo aquí todo. Tú eres guarda, y el Estado te paga para perseguir á los contrabandistas: y si no te hubieses entretenido en los buleos de la plaza, á buen seguro que tu vigilancia te habría descubierto lo que yo he visto por mera casualidad.

—Pero, en fin, sea lo que fuere, ya ve usted que hemos dado un golpe en vago.

—Nos hemos dilatado en llegar, y en eso consiste nuestro poco acierto. Que aquí, en este propio lugar tenía una plática sospechosa el tío Melitón y un desconocido, que allí junto á ese trozo estaba amarrada una lancha, y que más allá cuatro hombres asechaban por las avenidas del barrio; ni duda, porque todo lo he vis-

to. A pesar de la bullanga de anoche, siguiendo mi costumbre antigua, salí de casa á dar un paseo por la playa y á respirar el aire de la madrugada que me hace tan buen provecho: yo que, á Dios gracias, mi largo ejercicio de mar me ha dado buen ojo y buen oído, acerté á comprender lo que ocurría, y te protesto que no me he equivocado. Se hablaba de desembarcar un contrabando, y como á perro viejo no hay tus tus, y conozco más que á mis uñas al tío Melitón, dije para mi coletito. "Vamos: aquí hay gato encerrado" y recogí velas, porque yo cuido un poco el pellejo, y sabe Dios lo que habrían podido intentar seis hombres desesperados y sorprendidos por un inoportuno que no gusta mucho en verdad de ciertas fechorías. Si Germán el sepulturero, que es hombre de pelo en pecho, hubiese estado conmigo, como suele suceder, entonces esos pícaros no se habrían escapado, porque yo también sé dónde me aprieta el zapato. ¿Me explico?

—Perfectamente. A propósito de nuestro amo Germán, ¿quiere usted decirme qué se ha hecho de él en estos días?

—Sépallo Cristo: de poco tiempo acá el hombre se ha vuelto medio loco y tiene un humor de los diablos. Ya lleva dos viajes en este año, sin que sepamos á derechas á dónde ha ido ni con qué fines. ¡Pobre Germán! Discurre que no te habrás figurado que es algún contrabandista.

—No, tío Pepe: ¿de dónde podría yo figurarme semejante cosa?

—Es que, como no faltan algunos prójimos que se ejercitan en este tráfico, y unos lavan la lana y otros cargan la fama...

—No, tío Pepe, ni por pienso, demasiado sabemos quiénes son y quiénes no son los contrabandistas.

—¿Con que todo eso saben los señores del resguardo?

—¡Toma! Pues qué ¿se figura usted que no rondamos, pedimos informes, perseguimos, atacamos, etc., etc., etc?

—Pues sea como fuese, yo les aconsejaría que abriesen siempre tamaños ojos, porque ni son todos los que parecen, ni parecen todos los que son. ¿Me explico? Yo no soy ningún delator, ni me creo en conciencia obligado á ello, supuesto que hay empleados con estrecho deber de vigilar y perseguir el contrabando; y el guarda que en este punto llegase tan siquiera á ser omiso, faltaría al honor y á la lealtad. Pero como yo tampoco quiero que el barrio tenga mala fama, hago lo que puedo sin meterme en dibujos; y digo no es el primer contrabandista á quien he puesto las peras á cuatro.

—Sí: ya sé de algunas campañas antiguas y ruidosas de usted.

—¡Cosas de la mocedad!

—Hace poco que me refirieron el lance

que ocurrió á usted con aquel pirata ó contrabandista que dió fuego á la fragata de D. Bartolomé Borreyro.

—¡Ah, sí! Con un tal Juan Cruyés.

Y este nombre de maldición volvió á resonar en mis oídos, y á petrificarme de espanto y horror.

—Vamos, tío Pepe, prosiguió el guarda: ya que no hemos hallado lo que buscábamos, matemos tiempo. Cuénteme usted el suceso, pues deseo oírlo de su boca.

—Apenas me acuerdo de él. Supón tú, hijo mío, que de entonces acá han pasado cuarenta años largos de talle y...

—No importa: haga usted por ver si recuerda las especies. Sabe usted que no hay cosa que me agrade tanto como la conversación de los viejos, porque cada viejo es una historia viva y parlante.

—Enhorabuena; pero también sabes que yo soy poco aficionado á referir los sucesos de mi tiempo, y ¡cuidado que los hay muy curiosos! ¿Me explico? Pero, en fin, como lo que tú me pides no ofende á ninguna persona ni familia, procuraré decirte en dos palabras el suceso de la fragata.

—Diga usted, que ya escucho.

—Pues, señor; érase una noche serena y limpia, cuando varios muchachos del barrio estábamos reunidos en el tumbadillo de un bodegón de mucho crédito que nuestro amo Pascual Cortado tenía establecido

en Boquilla de Piedra, en la mera orilla de la playa. Aquel propio día había yo regresado de Tabasco con mi bongo, y al tiempo de entrar en el puerto, un guairo se nos echó encima, nos dió caza, y por un milagro patente del Señor de San Román, escapamos libres de las garras del pirata. Cuando vine á tierra, nadie hablaba de otra cosa que de los robos y sorpresas de aquel pirata insolente, que llevaba cinco días de hallarse en estas aguas, sin que se atreviese nadie á salir á perseguirle. El señor teniente del rey ordenó, es verdad, que se armase una goleta; pero la cosa iba despacio, y entre tanto, el pirata tenía tiempo y lugar de hacer de las suyas y marcharse, burlándose de nuestra cobardía. Esto causaba muy mal humor en la gente del barrio, y se cruzaban mil proyectos de ataque, sin esperar las órdenes de la autoridad. Estaba ya á punto de adoptarse uno de los varios medios propuestos, cuando allá en los confines del horizonte apareció una luz débil al principio, pero que fué creciendo tan rápidamente, que á los cinco minutos todo el puerto, la ciudad, los barrios y la serranía inmediata se hallaban iluminados como en mitad del día más claro y espléndido. La enorme fragata del señor Borreyro había concluído su carga aquella propia mañana é iba á salir á la mar al día siguiente. Si al principio pudo no comprendense lo que significaba aquel terrible

espectáculo, muy pronto desaparecieron las dudas cuando el toque general de las campanas, el grito de alarma y las voces de la muchedumbre anunciaron la aproximación de un colosal gigante que vomitaba torrentes de humo y de fuego en todas direcciones, y que amenazaba caer sobre la población y reducirla á cenizas. La inmensa fragata estaba ardiendo.

El guarda se santiguó tres veces: el anciano prosiguió en su relato.

—Aunque no era posible averiguar el origen de aquella desgracia, nadie vaciló en creer que fuese obra del pirata. Así es que al instante nos armamos como doscientos hombres, y á las cinco de la mañana del día siguiente nos habíamos embarcado en varias canoas, y salimos á la mar; yo mandaba una de ellas, y fuí el más venturoso, porque apenas había remontado la punta "Maxtun," cuando el guairo se presentó á mi vista barado en una caleta de la playa. Atacamos con furor á los piratas, que nos opusieron la más briosa resistencia; pero al fin, con pérdida de tres hombres, logramos aprehenderlos á todos, menos al capitán que hubo de morir á mis manos, después de haberme tirado tres cuchilladas mortales. Al tiempo de espirar, me gritó en medio de las más horribles convulsiones: "Mátame, perro, mátame bien: no faltará quien me vengue: ya te acordarás de Juan Cruyés." Así fué como

supe el nombre de aquel desgraciado. Volví y entregué los presos á la justicia, é ignoro el paradero que tuvieron. Entre tanto la fragata estuvo ardiendo varios días: cuando entraba el viento de tierra y se alejaba, se restablecía la tranquilidad en la población; pero cuando soplabla la brisa, y aquel volcán se aproximaba de nuevo, entonces comenzaba otra vez el susto y la confusión. Por fin, hubo de consumirse aquella montaña de madera; y por espacio de muchos meses la playa se perdía bajo la espesa capa de carbón que la resaca depositaba en ella. Todavía nos acordamos muchos en el barrio de la angustia de aquellos días.

—¿Y se cumplió la funesta profecía de Cruyés?

—Sí, en cuanto á lo que es acordarme de él; porque en efecto, cada vez que se ofrece hablar del suceso, no puedo menos de recordar sus pormenores, y hasta ese nombre diabólico; pero por lo demás, gracias al Señor de San Román que hasta ahora nadie ha pensado en vengar una muerte tan justa y merecida. Mas... creo que ya va á dar el toque del alba, y nada tenemos que hacer aquí.

—Pero volviendo á lo del contrabando, dijo el guardia, ¿sospecha usted que podrá hacerse algún desembarco?

—Eso ¿quién lo sabe? Sin embargo, puedes averiguar si aún está en el barrio

el tío Melitón, á quien viste anoche en la plaza por tus propios ojos. Si le encuentras, el desembarco es segurísimo. mas si se ha marchado, desde luego irían á desembuchar en otra parte. ¿Me explico?

—Muy bien: haré al pie de la letra lo que usted me aconseja.

Alejáronse luego, y no bien habían desaparecido, cuando las iglesias de la ciudad dieron el toque del alba. Yo entonces, saliendo de la especie de letargo pavoroso en que me hallaba, me apresuré á volver al hospital, en donde felizmente ninguna persona había notado mi ausencia.

He allí mi querido amigo, lo que yo te decia; á saber, que mi historia era eslabón de alguna larga cadena de crímenes y desgracias. ¿Qué significa ese ominoso nombre de Juan Crpyés? ¿Cuántos son, en fin, los personajes que han sido conocidos bajo semejante nombre? ¡Dios mío! Yo me encuentro sumergido en un piélago de confusión é incertidumbre.

Ya he dirigido á Manuel una relación detallada de estos nuevos incidentes por lo que importa que esté prevenido para cualquier encuentro. Entretanto la misericordia de Dios se digna enviar su luz y su gracia á esta miserable criatura, yo le ruego, querido mío, que te tenga en su santa guarda.



CARTA XXIV

MANUEL A ANTONIO

Villa-Hermosa, Octubre 9 de 1824.

Queridísimo mío: Conozco que voy á poner la mano en la herida delicada que llevas en el corazón; pero tú quieres dilatarla lo posible, acaso para curarla mejor: yo obedezco tus preceptos. Habría preferido comunicarte de palabra, cuando nos viésemos otra vez, los extraordinarios incidentes que han sobrevenido; mas creyendo que son importantes de suyo, y que un silencio afectado de mi parte sería funesto, me resuelvo, en fin, á escribirte. Confío en que sabrás conservar tu filosofía, y que leerás el presente relato con valor y serenidad. Sobre todo, querido mío, acorta los vuelos de tu exa-